

BENAVENTE Y CRISPIN

Jacinto Benavente fué, en el teatro, la vanguardia de la generación del 98. Nadie mejor preparado que Benavente para realizar esta su misión histórica. Criado en Madrid, centro intelectual adonde afluyen todas las corrientes ideales de la Península, hijo de una familia distinguida socialmente, culta y acomodada, entró en la vida «por la puerta grande». El hecho de que su padre era el médico del actor Mario, le hizo estreñar sin dificultad, ahorrándose así el calvario de los autores noveles. Benavente se educó bien, aprendió idiomas, trató a aristócratas, burgueses de todas condiciones y artistas y pensadores. Hombre de mundo, exploró los medios sociales de Madrid, desde los más abyectos a los más refinados, y sacó de este estudio directo de la realidad una suma de conocimiento humano, multiforme y comprensivo, que sólo una gran ciudad heterogénea puede dar al observador. Viajó por varios países en una vagancia artística que le llevó hasta asociarse con un circo, leyó libros extranjeros en el original, y así se situó en el mapa literario y adquirió el sentido de la perspectiva. Su cultura no fué la cultura erudita hecha a base de información, sino la humana, hecha a base de percepciones directas. Curioseando en España y fuera de España, cultivó su sensibilidad y adquirió un claro entendimiento de la vida. Benavente fué un niño precoz que desde temprana edad se habituó a descartar prejuicios. Observando su obra, casi podemos decir que Benavente no ha pasado por la adolescencia, esos años de optimismo ignorante en que tenemos una idea exagerada de nuestra importancia. Fué un caso bien latino de prematuro autocrítico, ávido de saberlo todo, que aprendió a amar la vida porque la vida le enseñaba cada día una cosa. No se contentó con una profesión «respetable», con ganar dinero y pasar la vida cómodamente. Llevaba el veneno dentro. El tema del desencanto humano aparece ya en su primera obra, *El nido ajeno* (1894). Desde su mocedad fué un «dilettante» que se complacía en ver el por qué de las cosas, en sorprender la felicidad o la infelicidad de sus semejantes, en ver claro en los otros lo que la mayoría no ve ni en sí mismos. Ya de niño jugaba al teatro con muñecos de trapo; de aquí proviene su falta de fe en las soluciones y en las panaceas. Para él la humanidad continúa siendo una «troupe» de muñecos que no representan bien sus papeles, que se descuidan de cuando en cuando y ofrecen casos dignos de estudio. Benavente seguramente amaba a sus muñecos de la edad infantil tanto como ama a los caracteres contradictorios de sus obras. Son muñecos de varios colores que satisfacen su «glotonería» artística.

En algunas de sus obras, como en *Los intereses creados*, ha llegado a alturas simbólicas desprovistas de todo particularismo. El espíritu de Cervantes se proyecta aquí a través de los siglos. *Los intereses creados*, su obra maestra, es la épica satírica de la vida moderna. Sus caracteres, versiones modernizadas de la «commedia dell' arte» italiana, tienen un significado trascendental y altamente representativo. Hasta el lenguaje está por así decir neutralizado: es una feliz combinación de arcaísmos y modernismos que puede ponerse en cualquier tiempo. La acción, simple, directa, está desarrollada

con sobriedad clásica. La técnica teatral está reducida a lo indispensable para producir un efecto casi escultórico. Tal vez la exquisitez con que está escrita esta obra, será la explicación de la acogida cortés, pero fría, que le dispensó el público americano. Tengamos en cuenta que Crispín significa el realismo, Leandro el idealismo y ambos la dual personalidad humana; que la ciudad donde entran es la vida; que el Hostelero es la baja clase media recién salida del pueblo, y los mozos de la hostería la masa callada y sufrida que sirve al señor y recibe los palos; que Arlequín es la cobardía adúladora del intelectualismo moderno que vende su alma por un plato de lentejas; que el Capitán es la fuerza coercitiva de la sociedad puesta al servicio de quien pueda mantener la farsa; que Doña Sirena es la aristocracia que muere de hambre y tiene que descender a bajos menesteres y a pactos con los que se atreven a saltar desde las clases inferiores; que Colombina, Laura y Rísela son la frivolidad y el celestineo social que llenan las cabezas de tantos necios; que Polichinela es el capitalismo que se yergue en el mundo como la fuerza codiciada por todos; que la señora Polichinela representa el remordimiento de ese capitalismo que busca la consagración de su triunfo con ayuntamientos aristocráticos y la justificación de su existencia con liberalidades y filantropías hipócritas; que el Doctor, el Secretario y su cohorte de Alguacilillos son la burocracia inútil y la falsedad del sistema judicial, ancha red de concupiscencias de donde escapan los peces gordos y donde quedan aprisionados los pequeños; que Pantalón es el poder del dinero acumulado perpetuando una raza de parásitos nutridos con el trabajo de otros; que Silvia, por último, es el amor sano de los sexos como la única verdad que existe, noble y pura, porque sin ella sería imposible la vida del Ideal... Cuando se ve este simbolismo, velado con tanto decoro artístico, entonces se comprende la trascendencia de esta obra, al parecer fría e intelectual, y que es un panorama poético-filosófico de la Humanidad. Entonces también cada línea de la comedia se nos revela con un valor nuevo y escondido.

Tiene Benavente una cualidad que es bien rara en artistas españoles, de suyo improvisadores e inconscientes, y es la capacidad autocrítica. Benavente sabe lo que hace y sabe también por qué hace las cosas. Este dominio sobre sí mismo y sobre su arte se manifiesta en una categoría de excelencia que siempre se encuentra en su producción. Benavente no ha escrito nada completamente malo. Parece equivocarse en alguno de esos experimentos que él intenta por el placer estético de sentirse multiforme, pero nunca llega al fracaso. Hallamos inevitablemente la huella de la mano diestra que sabe crear arte. Crítico tan sutil de sí mismo, no se entretiene en criticar a los demás, y es lástima. Hay en esta actitud un gesto de hombre de sociedad. A él sí le critican, sin hacerle gran mella ni conseguir llevarle a discusiones apasionadas. Es una tarea un poco ingrata atacar a un hombre como Benavente que se ríe de casi todo.

JOAQUIN ORTEGA